ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

PROGRESO Y CULTURA

....

«Mated with a squalid savage
—what to me were sun or clime?
I, the heir of all the ages, in the
formost files of time.

Not in vain the distance beacons.
Forward, forward let us range.
Let the great world spin for ever down
the singing groves of change.
Though the shado of the globe we sweep
into the younger day
Better fifty years of Europe than a cicle
of Cathay.....»

TENNYSON

NOSOTROS, hombres del siglo que se denomina XIX de *nuestra* Era, estamos muy orgullosos de nuestro progreso y civilización—ambos atribuídos por la Iglesia y sus sacerdotes al advenimiento del cristianismo—. «Borrad al cristianismo de la historia del hombre—dicen—, ¿y cuáles hubiesen sido sus leyes? ¿cuál hubiese sido su civilización? No existe ley alguna cuya verdad y nobleza no estén inspiradas en el cristianismo, ni una costumbre que no deba su santidad y su bondad al Evangelio.» ¡Qué absurda pretensión y qué fácilmente se refuta!

Para desacreditar semejantes afirmaciones basta recordar

que nuestras leyes están basadas en las de Moisés (vida por vida y diente por diente); recordar las leyes de la *santa* Inquisición, esto es, la quema por hecatombes de herejes y brujos á la menor provocación; el pretendido derecho del más rico y más fuerte á vender sus siervos y semejantes, entregándolos á la esclavitud no por llevar á efecto la maldición recaída sobre Ham, sino simplemente «para adquirir el lujo y voluptuosidades del Asia, abasteciendo al mercado de esclavos de los sarracenos» (1), y, finalmente, las leyes *cristianas,* sociales y políticas, vigentes hoy día en Inglaterra, llamadas leyes de *incapacidades* de las mujeres. Además, igual que en tiempo de nuestros abuelos, aquella bienaventurada época de ignorancia, contamos con un *blagues* (2) de este género. «Hablamos de nuestra civililización, nuestras artes, de nuestra libertad y de nuestras leyes y olvidamos por completo *la parte tan grande que en todo ello corresponde al cristianismo*» (¡alzaos!). Exacto; «nuestras leyes y nuestras artes», mas no «nuestra civilización» ni «nuestra libertad». Nadie podría negar el hecho de que fueron alcanzadas éstas á pesar de la más terrible oposición de la Iglesia durante largos siglos y de sus anatemas contra la civilización y la libertad, así como contra los defensores de ambas.

¡Y, sin embargo, á pesar de los hechos y de la verdad, constantemente oímos repetir que hasta la posición elevada (¡?) que ocupa la mujer cristiana, comparada con la de su hermana «pagana», es obra por entero debida al cristianismo! Aunque fuese cierto, sólo resultaría un homenaje bien pobre tributado á una religión que pretende suprimir á todas las demás. Pero como no es verdad, habiendo demostrado Lecky, entre muchos otros autores serios y dignos de crédito, que «en toda la legislación

---

(1) *View of the State of Europe during the Middle Ages,* por H. H. Hallam, L. L. D., F. R. A. S., pág. 614. Añade el autor: «No era ese comercio peculiar á Venecia. Muy común era en Inglaterra, aun después de la conquista, exportar esclavos á Irlanda, hasta que bajo el reinado de Enrique II llegaron los irlandeses á un arreglo referente á la no importación, que puso término á esa práctica.» Y agrega en una nota: «Acusa William of Malmsbury á la nobleza anglo-sajona de vender sus siervas, aun cuando estuviesen encinta, como esclavas á los extranjeros.»

¡Esa es la manera cristiana de conducirse en imitación de Abraham con Agar: la venganza!

(2) En francés en el texto. Locución que no tiene equivalente exacto en castellano, pero que pudiera traducirse por broma ó mentira. (N. del T.)

feudal (del cristianismo) *ocupaban las mujeres una situación legal muy inferior á la del imperio pagano,* cuanto antes y más á menudo se mencione este hecho, más ganará la verdad. Además, como ya hemos dicho, nuestras leyes eclesiásticas están impregnadas de elemento mosáico.

El Código *Levítico* es el creador é inspirador de la legislación, y no el Romano, en todo caso en los países protestantes.

* * *

El Progreso—dice Carlyle—es el «movimiento viviente». Es cierto; pero sólo es así á condición de que ninguna obra muerta, ningún cadáver puedan impedir la libertad de ese «movimiento viviente», y dadas su intransigencia conservadora, así como su falta de espiritualidad, la Iglesia es un cuerpo muerto. Por lo tanto, impidió y sigue impidiendo el verdadero progreso. Mientras la Iglesia—el más encarnizado enemigo de la moral de Cristo—se sostuvo en el poder, apenas si hubo progreso alguno. Sólo después de la Revolución Francesa la cultura y civilización adquirieron desarrollo.

Esas señoras que con tan sincera como apasionada elocuencia reclaman en los *meetings* de la «Liga de la Libertad de la Mujer» su legítima parte de derechos como madres, esposas y ciudadanas, y que todavía asisten á los oficios «divinos», se entregan al entretenimiento, poco provechoso, de hacer agujeros en el agua. No á las leyes del país debieran atacar, sino á la Iglesia y á sí mismas principalmente. Es el *Karma* de las mujeres de nuestra Era. Se originó con María Magdalena, se manifestó prácticamente en manos de la madre de Constantino y halló una fuerza siempre renaciente en cada Reina y Emperatriz por la gracia de Dios. Debe el cristianismo judáico su vida á una mujer, á una *sublime hallucinée* (1), como dice Renan. El moderno protestantismo y el catolicismo romano, deben también su ilegítima existencia á las mujeres beatas; á la madre que enseña á su hijo su primera lección en la Biblia; á la esposa ó hermana que obliga á su marido ó hermano á acompañarla á la iglesia, á la soltera emocional é histérica, admiradora de todo predicador popular. ¡Y, sin embargo, los predecesores de estos

(1) En francés en el texto. (N. del T.)

últimos degradaron á las mujeres desde el púlpito! En el *Lucifer* de Octubre del año 1889, en el artículo que lleva por título *Las mujeres de Ceilán*, podemos hallar la opinión del Director Donaldson L. L. D., de la Universidad de San Andrés, acerca de la degradación de la mujer por la Iglesia cristiana. He aquí lo que escribe en la *Contemporary Review:*

«Que la mujer deba su elevada posición al cristianismo es opinión corriente; yo pensaba del mismo modo. Pero estudiando los tres primeros siglos de la Iglesia no logré convencerme de que hubiese ejercido el cristianismo influencia favorable alguna en la situación de las mujeres, y sí, por lo contrario, de que tendía á rebajar el carácter y naturaleza de aquéllas y á limitar la esfera de su actividad.»

¡Cuán exacta es, por lo tanto, la observación de H. H. Gardener cuando dice que en el Nuevo Testamento «las palabras hermana, madre, hija y esposa» son sólo nombres sinónimos de degradación y deshonra!

* * *

Que lo que antecede es un hecho puede comprobarse en varias obras y hasta en ciertos *Semanarios*. En su última *Miscelánea*, «Saladin», que escribe en el *Agnostic,* nos ofrece elocuentes pruebas de ello, transcribiendo citas á docenas. He aquí unas cuantas:

«Escribe Mrs. Mary A. Livermore: «Los Padres de la primitiva Iglesia denunciaron á las mujeres como animales dañinos, males necesarios y peligros domésticos.»

»Lecky dice: «Invectivas feroces contra el sexo constituyen una parte importante y grotesca de los escritos de los Padres.»

»Dice Mrs. Stanton que tanto los libros sagrados como el clero enseñan que la mujer es la autora del pecado, la cual, en connivencia con el demonio, efectuó la caída del hombre.

»Recuerda Gamble que en el siglo IV santos varones discutieron seriamente la cuestión: ¿Debe llamarse á las mujeres séres humanos?

»Mas oigamos á los mismos Padres de la Iglesia. Tertuliano, dirigiéndose á la mujer, la alaba en estos términos: «Sois la puerta del infierno, la ladrona del árbol prohibido, la primera desertora de la ley divina; sois la que persuadisteis á aquel á

quien no tenía el demonio bastante valor para atacar. Destruisteis la imagen de Dios, el hombre.»

»Exclama Clemente de Alejandría: «¡Causa vergüenza reflexionar acerca de la naturaleza de la mujer!»

»Dice Gregorio el Taumaturgo: «¡Entre mil, puede hallarse un hombre puro; á una mujer, jamás!»

»La mujer es el instrumento del demonio. — *San Bernardo.*

»Su voz es el silbido de la serpiente.—*San Antonio.*

»La mujer es el instrumento que emplea el demonio para apoderarse de nuestras almas.—*San Cipriano.*

»La mujer es un escorpión.—*San Buenaventura.*

»La puerta del demonio la senda de iniquidad.—*S. Jerónimo.*

»La mujer es hija de la falsedad, centinela del infierno, enemiga de la paz.—*San Juan de Damasco.*

»De todas las fieras la más peligrosa es la mujer.—*San Juan Crisóstomo.*

»Posee la mujer el veneno de un áspid, la malicia de un dragón.—*San Gregorio el Grande.*»

¿Cómo extrañar, pues, que con semejantes instrucciones de los Padres los hijos de la Iglesia cristiana «no cuenten con la mujer ni la consideren iguales á los hombres»?

A pesar de eso, la mujer emocional, aun en estos tiempos de progreso, permanece, como siempre, el principal defensor de la Iglesia.

Más aún; ella es la causa única, si hemos de creer en la alegoría bíblica, de que existan cristianismo y templos algunos. Porque ¿dónde estarían éstos de no haber escuchado nuestra madre Eva á la tentadora serpiente? Primero, no habría pecado; segundo, habiendo sido frustrado el demonio, no habría necesidad de redención alguna ni de que ninguna mujer tuviese «semilla» á fin de que «aplastara la cabeza de la serpiente»; y así no habría ni Iglesia ni Satán. Porque según la expresión de nuestro antiguo amigo el Cardenal Ventura de Raulica, Satán-serpiente es «uno de los dogmas fundamentales de la Iglesia y sirve de base al cristianismo». Suprimid esa base y el edificio entero se desploma, cayendo en las obscuras aguas del olvido.

Por lo tanto, declaramos á la Iglesia ingrata hacia la mujer, y á esta última la consideramos como un mártir voluntario, porque si exigían su emancipación y libertad valor moral poco común hace un siglo, muy poco hace falta hoy, sólo una resolu-

ción firme. Por cierto que, si hemos de dar crédito á los escritores antiguos y modernos, la mujer de nuestro siglo, respecto á la verdadera cultura, libertad y dignidad, se ha colocado á sí misma muy por bajo de la antigua madre aria, la egipcia—que, según Wilkinson y Buckle, gozaba de la mayor influencia y libertad, bajo los puntos de vista social, religioso y político entre sus contemporáneos—, y aun de la matrona romana. Peary Chand Mitra demostró con las leyes de Manu hasta qué punto la antigua Aryavarta respetaba y honraba á las mujeres. Nos enseña el autor de la obra *Las mujeres del antiguo Egipto,* que desde los tiempos más remotos gozaban las mujeres de Egipto de una libertad é independencia *apenas soñadas por las naciones modernas.* Volvamos á aquella *Miscelánea:*

«La sociedad que conserve influencia alguna de instituciones cristianas—dice Sir Henry Maine—difícilmente devolverá jamás á las mujeres casadas la libertad personal que les concedía la ley romana.»

La causa de los «Derechos de la mujer» defendíase en Grecia cinco siglos antes de Cristo.

Dice Helen H. Gardener: «Mientras la ley pagana la reconocía (á la esposa) como igual á su marido, la Iglesia suprimía esa ley.»

Escribe Lecky: «En las leyendas de la Roma primitiva hallamos plena evidencia de la gran estimación en que se tenía á las mujeres y de su importancia en la vida romana. Revelan las tragedias de Lucrecia y Virginia una delicadeza respecto al honor, un sentimiento supremo de pureza tan elevado, que no pueden ser sobrepujados por nación cristiana alguna.»

Sir Henry Maine, en su obra *Ley Antigua,* declara que «la desigualdad y la opresión referentes á las mujeres desaparecieron de las leyes paganas». Y añade: «La consecuencia de ello fué que la situación de la mujer romana convirtióse en una gran independencia personal y propietaria; pero el cristianismo tendió desde un principio á limitar esa libertad.»

Observa, además, que luchaban los juriconsultos de aquellos días por la consecución de leyes mejores para las mujeres; mas prevaleció la Iglesia en muchos casos y promulgó las más opresivas.

El Profesor Draper, en su obra *Desarrollo intelectual de Europa,* expone ciertos hechos relativos al texto ultrajante de que

fueron víctimas las mujeres por parte de hombres cristianos—incluso el clero—, y aquéllos son de tal naturaleza, que no me es permitido referirlos.

«No existe más cruel capítulo en la historia que aquél que consigna el detenimiento por el cristianismo del natural desarrollo en la civilización europea tocante á las mujeres»;—escribe Moncure D. Tonway.

Neandro, historiador de la Iglesia, nos dice que «el cristianismo aminora la influencia de la mujer».

* * *

Así, pues, queda sobradamente demostrado que en vez de una situación «elevada» fué una *degradación* lo que el cristianismo—ó, más exactamente, la Iglesia (1)—trajo á la mujer. Aparte de esto, nada tiene que agradecerle la mujer.

Y ahora dos palabras de consejo á todos los miembros de Ligas, Asociaciones y demás Sociedades relacionadas con los derechos de la mujer. En nuestra época de cultura y progreso, ahora que está demostrado que sólo en la *unión* yace la fuerza, y que sólo con sus propias armas puede vencerse á los tiranos, y finalmente, que nada produce resultados tan seguros como una huelga, según observamos, declárense en huelga todos los defensores de los derechos de la mujer y juren no pisar una iglesia ó capilla hasta ver restablecidos sus derechos y reconocida su igualdad con el hombre por la ley. Profetizamos que antes del transcurso de seis meses todos los Obispos en el Parlamento influirán activísimamente para que sea votada la reforma y resulte ésta un hecho. Así quedará deshecha la ley Mosáica y Talmúdica para mayor gloria de la MUJER.

* * *

¿Pero qué son en realidad la cultura y la civilización? La idea de Dickens de que tanto como nuestros zapatos han ganado nuestros corazones con el «macadam», resulta más original bajo el punto de vista literario que no aforístico. En principio, no es cierto, y lo desmiente la Naturaleza por el hecho mismo de que

(1) En francés en el texto. (N. del T.)

existen muchos más hombres y mujeres buenos y generosos en aldeas sucias y miserables que en París ó Londres, tan bien urbanizadas. La verdadera cultura es espiritual. Procede de dentro á fuera, y de no luchar una persona naturalmente generosa y de elevados sentimientos en el plano espiritual antes de hacerlo en el físico ó externo para alcanzar el progreso, no serán otra cosa cultura y civilización que sepulcros blanqueados llenos de podredumbre. ¿Y cómo puede haber cultura espiritual é intelectual alguna verdadera cuando creencias dogmáticas son religión de Estado y son impuestas bajo pena del oprobio, infligida por numerosas comunidades de «creyentes»? No puede ser progresivo credo dogmático alguno. Como no sea un dogma la expresión de un hecho universal y comprobado en la Naturaleza, no es otra cosa sino una esclavitud mental é intelectual. Aquel que acepta los dogmas, fácilmente concluye por convertirse en dogmático. Y como bien dice Watts: «Un espíritu dogmático inclina al hombre á censurar á sus vecinos... Se inclina á despreciar á sus semejantes, considerándoles como inteligencias inferiores y limitadas porque no creen lo que él cree.»

H. P. B.

(Concluirá.)

ELOGIO DE LA TOLERANCIA

Hace algún tiempo vimos á Anatole France elogiar la tolerancia, y fué una verdadera alegría volver á encontrar en él al humanista en el verdadero sentido de la palabra, buscando en el hombre lo que lo acerca al hombre: el eterno vínculo de la inteligencia y del saber. Mientras tanto, pocos días después hemos sabido que las ligas protestantes inglesas, á fuerza de peticiones y de mitines, habían obtenido del Gobierno liberal que se prohibiera la procesión del Santo Sacramento, que debía tener lugar con motivo del congreso eucarístico, y el hecho ha causado sorpresa. Contemporáneamente, los diarios alemanes nos han tenido al corriente de las disputas intestinas de los socialistas alemanes que se excomulgaban unos á otros porque éstos quieren votar el presupuesto mientras que aquéllos no lo quieren. Luego se propuso la cuestión de la neutralidad escolar, y los ven-

cedores de hoy, que la reclamaban cuando eran los más débiles, han declarado con perfecta desvergüenza que siendo ellos ahora los más fuertes no querían oir hablar de eso. Sin hablar de las luchas de intereses que dividen á las naciones como á los particulares, se ve constantemente el despertamiento de antiguas disputas ó la aparición de otras nuevas á propósito de opiniones y de creencias, como si el destino de los hombres fuera desgarrarse recíproca y eternamente, por la sola razón de que las ideas se forman y desarrollan distintamente en diferentes cerebros: de ahí resultan las discusiones peores que las guerras y que las pestes, que envenenan innumerables existencias, agotan las razas, debilitan los pueblos, siembran el odio entre conciudadanos de una misma patria, los vecinos de una misma ciudad y los miembros de una misma familia.

Por ello es que conviene que de cuando en cuando se hable un poco en favor de la tolerancia.

Muchos en el pasado se han entregado á esta tarea con más ó menos vigor ó elocuencia, pero con igual mala suerte: tan difícil es la práctica de esta virtud. Ha habido también hombres que se han dedicado á su culto con fervor tan ardiente, que al predicarlo á los demás olvidaban sus lecciones. Tal fué el caso, ilustre entre todos, de Voltaire; quería con tanta energía que se fuera tolerante, que en caso necesario hubiera aplicado los suplicios más atroces á los que no lo eran; dueño del mundo, hubiera, sin duda, encendido hogueras delante de todas las catedrales, á fin de que todos los herejes quemaran á los creyentes, á fin de impedir la inversa—á menos que su natural benevolencia, impresionada por los gritos de las víctimas, no lo contuviera después de las primeras ejecuciones. Esta inconsecuencia es mucho más frecuente de lo que se cree. ¿No se complacía Robespierre en repetir que hay que imponer la tiranía de la libertad? Observad que la fórmula ha hecho camino: se ha vuelto un dogma del credo político de los partidos más avanzados. Estos, así que lo pueden, la destilan con tanta habilidad, consecuencia y método, que poco á poco el segundo término de la proposición se elimina en provecho del primero: la libertad se evapora del alambique y sólo queda la tiranía consistente y sólida.

Porque el hombre es naturalmente déspota: cuando ha encontrado un pretexto y luego un medio de imponer su prepotencia á sus semejantes, nada sería capaz de contenerlo. Que

proceda con su nombre personal, como los antiguos tiranos, en el de su casta, como sucedía en las oligarquías, ó en el de su clase ó de su partido, como sucede en las democracias ¡qué importa! Lo esencial para él es ejercerla, y hasta quizá la ejerza con un vigor más implacable cuando está obligado para eso á hacerlo entre varios. La tolerancia podría en cierta medida reprimir ó comprimir este lamentable instinto de dominio. Por desgracia tiene pocos atractivos, siendo una virtud simple, sin brillo ni prestigio, desprovista de toda seducción romántica, y que no podría sin contradecirse revestir un carácter más apasionado. Se preferirán siempre otras virtudes menos benéficas, pero más brillantes, que por otra parte cuesta menos trabajo adquirir y conservar; por ejemplo, el ardor en las convicciones, que también despliega el más insignificante tribuno; el amor de la humanidad, que exige tan pocos sacrificios; el de la justicia, que exigiría muchos, y para decirlo todo en una palabra, la abnegación grandilocuente á todas «las ideas generosas».

Estas atraen como las antiguas sirenas, cuya voz han heredado. Prometen prodigios y maravillas en la tierra y en el cielo. Se agitan orgullosamente en lo absoluto, desdeñan la miseria de nuestras contingencias. Monopolizan el ideal, como el Estado el tabaco, el alcohol y los ferrocarriles. Si se diera crédito á sus grandes sacerdotes, bastaría entonar su estribillo para que todo el mundo en seguida se mejorara y ennobleciera, para que el paraíso se abriera ante nosotros en una jubilosa vuelta á la edad de oro de las antiguas fábulas. Por lo demás, como son buenas muchachas, á pesar de sus aires de divinidades, recompensan por lo general muy generosamente á sus servidores: para ellos la popularidad, la gloria y las estatuas, los himnos de los poetas y las gratitudes populares. Y tal es el prestigio con que ellas saben revestirlos, que ningún escéptico se atreve á pasar por el cedazo de su crítica el residuo de los actos de sus obras.

La tolerancia no tiene ni primas ni recompensas que distribuir; lo que pide parece tan poca cosa, que casi no valiera la pena de incomodarse en dárselo. Es una persona algo fría, algo tibia, de pocos encantos y modesta en exceso.

Se limita á explicar, con una pequeña voz suave, sin tomarse el trabajo de adornar sus discursos, que sería bueno dejar que cada cual piense á su manera sobre problemas generalmen-

te abstractos, cuya utilidad práctica es lejana y dudosa, adorar sus santos si eso le place, ó no adorarlos si se le ocurre ó no los tiene, y hacer, en resumen, todo lo que se le ocurre sin incomodar al prójimo. Es un programa muy simple, casi negativo, y por otra parte tan apropiado á las necesidades elementales de la vida en común que uno se pregunta por medio de qué prodigio ésta puede proseguir sin aplicarla. Y sin embargo, se ha apartado siempre de ella y sigue apartándose todavía.

En la época en que las costumbres eran violentas, se quemaba á las personas que discutían un dogma sancionado por los concilios, ó se las encerraba en calabozos cuando por su mal se daban cuenta de que la tierra es redonda y gira, ó se las guillotinaba cuando se negaban á creer en la diosa Razón: en una palabra, se las torturaba de todos modos y por todos los motivos, por lo que creían y por lo que no creían, y los suplicios que castigaban estos crímenes de opinión eran casi siempre más crueles que los que se reservaban para los crímenes de derecho común. Con la universal humanización de las costumbres, los «in pace», las hogueras, la virgen de Nuremberg y la guillotina han desaparecido. Pero ¿ha conseguido con esto el reino de la tolerancia ensanchar mucho sus dominios? Desgraciadamente no. Ya los hombres no se persiguen y desgarran; reconozco que eso no es poco, pero continúan odiándose entre sí, y sólo las formas de este odio han cambiado. El horror nos domina al recorrer los martirologios del pasado. ¡No volvemos una página sin preguntarnos en razón de qué aberraciones nuestros antecesores han podido olvidarse de su humanidad hasta amontonar tantas ruínas y esparcir tales oleadas de sangre por tan fútiles pretextos!

Nuestros descendientes no conocerán las mismas indignaciones, pero se sonreirán en nuestras riñas. Así como nosotros no comprendemos, por ejemplo, por qué se hacía quemar á pobres diablos que dudaban de la trinidad, ellos no comprenderán tampoco por qué unas poderosas ligas se han agitado para impedir que honorables ciudadanos se paseen, celebrando sus ritos en las calles de una capital. Es probable, por otra parte, que ellos mismos continuarán disputándose sobre objetos cuya importancia sus sucesores á su vez no conseguirán entenderse. Y así en seguida hasta la consumación de los siglos.....

Sin embargo, es bueno que los altos espíritus, como sucedió

días pasados, nos recuerden algunas veces que hay nobleza en comprender y en soportar creencias adversas y opiniones opuestas. Se recuerda lo que se puede de sus amables discursos; el fanatismo no deja de recibir por esto un ligero golpe. Quizá no se llegue nunca á suprimirlo, como á la enfermedad y á la muerte; sin embargo, por invencibles que sean los azotes que atormentan á los hombres, no hay que cesar de denunciarlos y de combatirlos.

Eduardo ROD.

LA ATLÁNTIDA

Restos de un manuscrito sobre el plátano.—Trabajos de los Iniciados Atlantes en la Agricultura.—Trabajos de Psicometría.

Una noche leía yo con mucho interés las líneas que siguen, publicadas en *Historia de los Atlantes*, págs. 6, 7 y 54, y tuve dentro del sueño un *fenómeno* maravilloso.

Pasando ahora del reino animal al vegetal, se observa que la mayor parte de la flora del período mioceno de Europa—que se encuentra principalmente en los yacimientos fósiles de Suiza—existe al presente en América y algunas especies en África; pero el hecho notable, á propósito de América, es que mientras se halla dicha flora en gran proporción en los Estados orientales, faltan muchas especies en las costas del Pacífico. Esto parece mostrar que entraron en aquel continente por el lado del Atlántico. El profesor Asa Gray dice «que de los 66 géneros y 155 especies encontradas en los bosques al Este de las Montañas Rocosas, sólo 31 géneros y 78 especies se ven al Occidente de estas alturas».

Pero el mayor problema de todos es el del plátano. El profesor Kuntz, eminente botánico alemán, pregunta: ¿Cómo pudo llegar á América esta planta, originaria de comarcas tropicales de Asia y África, y que no resiste un viaje al través de la zona templada? Según él mismo indica, es una planta sin semillas que no puede propagarse por sección, ni tiene tubérculos que puedan transportarse fácilmente. Su raíz es arbórea. Para trasladar esta planta se necesita un cuidado especial, y además no puede resistir una larga travesía. La única explicación que se le ocurre á este naturalista para dar razón de la presencia del plátano en América, es suponer que fué llevado allí por el

hombre civilizado en un tiempo en que las regiones polares gozaban de clima tropical (!). Más adelante añade: «Una planta cultivada que no tiene semillas, debe de haber estado bajo la acción del cultivo durante un *período muy largo*... lo más natural es inferir que estas plantas fueron cultivadas desde el principio del período diluviano.» ¿Por qué—podría preguntársele—no ha de llevarnos más atrás esta hipótesis, á tiempos aún más remotos? Y ¿dónde hallaremos civilizaciones á propósito para el cultivo de la planta, ó el clima y circunstancias requeridas para su transporte, á no ser que supongamos que hubo en alguna época un lazo de unión entre el antiguo y el nuevo continente? El profesor Wallace, en su interesante obra *Island Life*, así como otros escritores en muchas obras importantes, han emitido ingeniosas hipótesis para explicar la identidad de la flora y de la fauna en territorios muy apartados unos de otros, y el transporte de las especies al través del Océano; pero sus razones no son convincentes y fallan en diversos puntos.

Es cosa bien sabida que el trigo, tal cual lo conocemos, no ha existido jamás en verdadero estado silvestre, ni hay prueba alguna por donde rastrear su descendeucia de especies fósiles. Cinco variedades de trigo se cultivaban ya en Europa en la Edad de Piedra, una de las cuales, encontradas en las moradas lacustres, se conoce por trigo de Egipto; de lo cual deduce Darwin, que los habitantes de los lagos, ó sostenían tráfico aún con algún pueblo meridional ó procedían origiginariamente del Sur como colonizadores; y concluye que el trigo, la cebada y la avena, vienen de diversas *especies ya extinguidas*, ó tan enteramente distintas de aquéllas, que no permiten su identificación por lo que dice: «El hombre debe haber cultivado los cereales desde un período enormemente remoto.» Las regiones donde existían especies extintas florecieron y la civilización bajo la cual fueron cultivadas por una selección inteligente nos la suministra el continente perdido, cuyos emigrantes las llevaron á Oriente y Occidente.

En un Imperio de las condiciones del Tolteca, era natural que la Agricultura fuese objeto de una grande atención. No sólo se instruía á los labradores en escuelas especiales, sino que había colegios para preparar á personas idóneas, á fin de que se dedicasen luego á los ensayos de cruzamientos de plantas y animales.

Como los lectores de las obras teosóficas saben muy bien, el trigo no realizó su evolución en este planeta. Fué un dón del Manu, que lo trajo de otro globo ajeno á nuestra cadena planetaria. Pero la avena y algunos otros cereales son resultado del cruzamiento del trigo con plantas indígenas de la tierra. Los experimentos que llevaron á este resultado fueron obra de las escuelas de Agricultura de la Atlántida, dirigidas, por supuesto, por inteligencias superiores. Pero el caso más notable del perfeccionamiento de la Agricultura atlante fué la evolu-

ción del plátano ó banano. En su estado salvaje primitivo, era como un melón alargado, con muy poca pulpa y lleno de pipas, de igual modo que aquel fruto.

Se necesitaron muchos siglos (acaso miles de años) de selección y eliminación continua, para llegar á la planta sin semillas que al presente conocemos.

Después de leídas las anteriores líneas, me acosté y me quedé meditando lo que significaba esa labor inmensa, gigantesca á no dudarlo, hecha por iniciados de la Atlántida para dejarnos otro sustento más á los muchos que nos dejaban. Meditaba intensamente en ese último pasaje en que Scott Elliot dice que el plátano era antes «como un melón alargado»; y me venía á la mente que tenía entonces que ser una planta que se desarrollaba en el suelo. . . . .

. . . .

mas de pronto, sentí como un torbellino inmenso que me arrastraba y perdí la acción de percibir.

Cuando volví en mí me encontraba en una ciudad desconocida y construída casi toda con columnitas y torrecitas ó minaretes. Sus calles eran bastante anchas y estaban arqueadas, por lo que la ciudad tomaba el aspecto de un inmenso tonel ó barril. Los habitantes (las formas astrales más bien) eran como del doble del alto de nuestra humanidad actual, y su tipo era muy parecido al del egipcio.

Después seguí caminando, ó mejor dicho, me llevaban, pero sin darme cuenta de cómo avanzaba casi por el aire, pues observé que no movía los pies. Entré en un edificio de una suntuosidad maravillosa; los que parecían sirvientes iban vestidos de blanco y con mangas cortas, como si fueran ayudantes de laboratorios químicos. Se sonreían al verme, con un aire de curiosidad y compasión, característica esto último, á no dudarlo, de una raza superior.

En seguida, al avanzar más, me encontré con un Ser, que por su noble figura y por la majestad que irradiaba de todo su cuerpo, comprendí que debía de ser el Jefe de aquella casa en que me hallaba.

Entonces dicho Jefe, en un lenguaje desconocido para mí, pronunció unos sonidos agudos, como dirigiéndose á alguno detrás de mí. Inmediatamente sentí entonces la sensación de mi cuerpo en el suelo, que hasta ese momento no lo había sentido,

y pude también doblar la cabeza, y tuve tiempo de ver que ya se retiraban con alguna presteza y también por el aire dos séres con sus cuerpos todo azul, de un azul marino precioso, quedando encantado de tan rara visión.

Esos que tanto te han llamado la atención—díjome el Sér que yo reconocía como algo superior—son Devas y constituyen una jerarquía al servicio de este palacio de la Agricultura en que estás en estos momentos de paso. Y para que sepáis soy el Maestro encargado de los trabajos de selección en el reino vegetal.

No podía abandonar con la mente la visión de los séres azules; como un relámpago pensé entonces por qué causa le impedirían á esos dos Devas, no solamente que yo los viera antes, sino que me hablaran.

Pero con una rapidez que heló todo mi cuerpo—pues comprendí que tenía delante un verdadero Maestro de Sabiduría—me contestó él al *ver* mi pensamiento:

—No se les han dado órdenes á esos Devas prohibiéndoles hablar contigo, sino que como tú no conoces su lenguaje propio, ni ellos el tuyo, resultaba por completo inútil, no sólo el dejar verse, sino el intentar hablarte.

—¡Oh, Maestro! Ahora comprendo perfectamente todo lo que me decís; pero ¿con qué objeto me han traído aquí? Aunque á decir verdad me siento tan bien, que un agradable sopor me conforta y desearía quedarme si es posible que sea.

—Sonrióse de una manera particular y me dijo:

—No, no es posible por ahora, ¿entiendes? quizá más adelante puedas permanecer más tiempo que el de siete horas que hoy vas á estar. Y en cuanto á la razón de estar aquí, es porque tengo cierto empeño en satisfacer tu curiosidad en algo que investigabas mentalmente con respecto al plátano.

Durante unos minutos permaneció el Maestro como fijo en una idea y continuó después.

—Más ignorancia que sabiduría es la característica de la presente humanidad; oye y fíjate, tú que vives en la misteriosa tierra donde los hombres de la Cuarta Raza fundaron sus escuelas primero y luego el reino de las selecciones en las diversas ramas de la Agricultura. Profundos conocedores de la vida en las distintas vidas tomaron su esencia oculta, y durante generaciones sin cuento llevaron á cabo las grandes líneas de la men-

te, de una mente Grande, para preparar una futura humanidad sus futuros sustentos sacados de los vastos tipos de la naturaleza, es obra de Dioses, y así fué; fueron Dioses vuestros primeros preparadores; por medio del continuo conocimiento de la vida y de la forma se modificó una planta que es la base del sustento y regalo de la mayor parte de la población del globo. Hasta su nombre botánico es casi un símbolo: la Musa Paradisíaca, el Banano, el Plátano. Es inmenso el trabajo de los modernos botánicos para encontrar el origen de esta planta, pero se perdieron en las sombras de inútiles hipótesis, y solamente la Historia Antigua, más antigua que el continente Europeo, es la que ha arrojado una luz vívida sobre esta materia.

Al concluir de decirme esto último, el Maestro puso sus manos sobre mi cabeza y me dijo:—Es necesario que pongas mucha atención, porque así lo quiero, á esto que te voy á relatar. Era el plátano, antes del cambio, una planta racimosa en forma de enredadera, con numerosos frutos alargados de un verde claro, pulposo y lleno de tubérculos huecos de la periferia al centro. Este tipo de planta, escogido para dar por selección á los hombres del porvenir sustento, su evolución seguirá á la evolución humana, y durante cinco ciclos diversos procedimientos é ingertaciones; selección de nuevos tipos, ingertos á la luz artificial morada, preparación de una tierra exótica, selección de nuevos tipos, y en esta terrible lucha de la mente divina humanizada fué poco á poco formándose perpendicular esa planta, se recogieron sus brácteas atrofiándolas y cambiando su leñoso en substancia hueca y carnosa. Su fruto se encogió y fueron fecundados en grupos numerosos, luego en pocos grupos, hasta que un solo pie produjo un manojo de frutos, pero sin condiciones de alimentación. Trabajo inmenso, talento sobrehumano, misteriosa condición de los hombres de esa raza fueron haciendo desaparecer bajo la luz violeta y neurograna (!) los huecos de su periferia y fijaron en su centro por medio de mixormias (1), sus semillas; que por medio del cultivo, primero de su tronco y

(1) Mixormia: perteneciente al tipo de las talofitas, clase de los hongos, familia de los Melancónicos, cuyas especies presentan estroma discoidal, con filamentos apretados; conidióforos, rectos, delgados, y tabicados, con los conidios dispuestos en cabezuela, hialinos ó coloreados y envueltos en una substancia gelatinosa Se conocen dos especies, que habitan sobre las hojas muertas en la América del Norte. (Véase el tomo 13 del *Diccionario Enciclopédico*. (Nota del autor).

luego de su raíz carnosa, concluyeron ese tipo con tanta perfección que hicieron numerosas variedades en forma, tamaño, color y gusto, desde el monstruoso antillano hasta el delicado sudamericano dátil.

El Maestro permaneció ensimismado unos segundos, y continuó así:

—Sólo aquí en esta antigua porción de la Atlántida secundaria, fué el lugar escogido para su cultivo, y esta porción abarcaba las tierras que hoy ocupan las Antillas Grandes y Menores, pero sólo dos porciones fueron las dedicadas á este cultivo, amuralladas para defenderlas de la invasión de los diversos tipos de rumiantes y felinos. Esta muralla encerraba en su recinto las tierras comprendidas hoy por Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, pero en la parte montañosa de Cuba y Santo Domingo fué donde se hizo la selección y cultivo, y por esa razón no hay en estos territorios ni felinos ni ofidios venenosos; y es casi imposible encontrar los vestigios de esa antigua y maravillosa civilización agricultora, pues á gran profundidad de su superficie se encuentran las sepultadas ciudades, y sólo restos de los antiguos cultos existen en su parte occidental; búscala y verás cuántas misteriosas confidencias hallarás.

—Pero, Maestro—objeté yo—; sin pruebas que presentarle, el mundo en general creerá que todo esto es pura ficción.

—No lo creas, porque hasta como simple hipótesis es la más lógica. Además, los Iniciados de la Atlántida, conocedores de la Gupta Vidyá, saben bien que trabajan para el mañana resplandeciente.

—Adiós y que la paz sea contigo.

* * *

Cuando desperté era ya al aclarar el día; me levanté, y conservando la memoria de todo lo ocurrido, pude hacer estas líneas.

Por último, para terminar, nosotros los Teosofistas no debemos olvidar ni un momento que las eflorescencias espirituales de la Atlántida como fruto de su saber, nos dejaron varias clases de sustento para nuestra alimentación. Sirva esto último para el materialista ciego que no ve utilidad *práctica* en nuestros estudios.

George O'BRURKE.

Isla de Cuba, Cienfuegos, Mayo de 1909.

*

LOS GRANDES INICIADOS

UNA FIESTA EN EL TEMPLO DE DIONISIO

En Tesalia, en el valle de Tempé, tenía lugar una fiesta.

La noche santa, consagrada por Orfeo á los misterios de Dionisio, había llegado. Guiado por uno de los servidores del templo, marchaba el discípulo de Delfos por una garganta estrecha y profunda, bordeada de escarpadas rocas. Sólo se oía el ruído del río que serpenteaba entre las verdes riberas. Más tarde, la luna llena levantábase detrás de las montañas. Su disco amarillo se destacaba entre las rocas que parecían su negra cabellera; de pronto, el valle encantador fué iluminado con sus destellos. Por un instante se ilumina por completo con sus hondonadas cubiertas de césped, sus bosques de fresnos y álamos, sus fuentes cristalinas, sus cavernas cubiertas de hiedra, y el sinuoso río que enlaza y acaricia las islas de árboles. Un plateado ambiente, un sueño voluptuoso envolvía las plantas. Los suspiros de las ninfas parecían palpitar en el espejo de las fuentes, y vagos sonidos de aeólicos se escapaban de los inmóviles rosales. Por doquiera reinaba el silencio encantador de Diana.

El discípulo de Delfos caminaba como en un ensueño. Algunas veces se detenía para respirar el embalsamador perfume de la madre selva y del amargo laurel, pero la mágica claridad no duró más que un instante. La luna se ocultó detrás de las nubes. Todo quedó sumergido en las tinieblas, y las rocas tomaron de nuevo sus amenazadoras formas. Luces errantes brillaban por todas partes en la espesura de los árboles, en las orillas del río, en las profundidades del valle.

«Son los devotos—dijo el anciano guía del templo—que se ponen en marcha. Cada cortejo tiene su guía portaluz.»

Sigámosles.

Los viajeros encontraron coros que salían de los bosques y se ponían en marcha. Primero vieron pasar los devotos de *Baco*, adolescentes vestidos con largas túnicas de finísimo lino y coro-

nados de hiedra. Llevaban copas de madera talladas, símbolo de la copa de la vida. Después vieron pasar hombres robustos y vigorosos. Eran *los devotos de Hércules, el luchador;* llevaban túnicas cortas, las piernas desnudas, una piel de león en los hombros y coronados de olivo. Después vieron á los inspirados, *los devotos de Baco vencido,* con la rayada piel de pantera ceñida al cuerpo, cintas color de púrpura en los cabellos, y el tirso en la mano.

Al pasar cerca de una caverna, vieron prosternados á los *devotos de Aedon y de Eros* subterráneo. Estos lloraban por los padres ó amigos muertos. Cantaban en voz baja: «¡Aedon! ¡Aedon! devuélvenos los séres que nos has arrebatado, ó haz que descendamos á tu reino.» El viento que penetraba en la caverna parecía retumbar debajo de la tierra con risas y fúnebres sollozos. De pronto uno de los místicos se dirige al discípulo de Delfos y le dice: «Tú has franqueado el umbral de Aedon; no volverás á ver la luz de los vivos.» Otro, al pasar, le dice estas palabras al oído: «¡Sombra, tú serás la presa de la sombra; tú que vienes de la Noche, vuelve á Erebo!» Y se alejó corriendo. El discípulo de Delfos, asombrado, se sintió desfallecer. Éste preguntó á su guía: «¿Qué quiere decir esto?» El servidor del templo prosiguió como si nada hubiera oído. Solamente dijo: «Es preciso pasar el puente. Nadie puede evitarlo.»

Atravesaron un puente de madera echado sobre el Pené.

«¿De dónde vienen—dijo el neófito—estas voces quejumbrosas y esta triste melopea? ¿Qué son estas sombras blancas que marchan en largas filas bajo los álamos? Son mujeres que van á iniciarse en los misterios de Dionisio.»

¿Sabes su nombre?

Nadie sabe aquí el nombre de los demás y cada uno olvida el suyo. Pues, igual que á la entrada del recinto sagrado, los devotos dejan sus vestiduras manchadas para bañarse en el río, y vuelven á vestirse con ropas de lino limpias, del mismo modo cada uno deja su nombre para tomar otro. Por siete noches y siete días se transforman, pasan á otra vida. Mira toda esta multitud de mujeres. No están agrupadas según el orden de familia ó patria, sino según el del Dios que las inspira.

Vieron también desfilar jóvenes coronadas de narcisos, cubiertas con velos azules, á las que el guía llamaba las *ninfas compañeras de Persefona.* Llevaban castamente en sus brazos los vo-

tos, cofres, urnas y vasos votivos. Después venían los *amantes místicos, las amantes esposas y las devotas de Afrodita* cubiertas con mantos rojos. Se internaron en un bosque sombrío. De allí se oyeron salir gritos estridentes y lánguidos gemidos, que fueron amortiguándose poco á poco. Más tarde, un coro apasionado se elevó del oscuro bosque de mirtos hacia el cielo, en lentas palpitaciones: «¡Eros, nos has herido! ¡Afrodita, has lacerado nuestros miembros! Hemos cubierto nuestro seno con piel de cervatillo, pero llevamos en nuestro pecho la púrpura sangrienta de nuestras heridas. Nuestro corazón es un brasero devorador. Otras mueren de inanición; á nosotras el amor nos consume. Aniquílanos ¡Eros! ¡Eros!, ó libértanos ¡Dionisio! ¡Dionisio! Otro grupo avanzaba. Eran mujeres completamente vestidas de lana negra arrastrando largos velos, y profundamente afligidas. El guía dijo que eran las *lloronas de Persefona*. En la dirección en que marchaban encontraron un gran mausoleo de mármol cubierto de hiedra. Las mujeres se arrodillaron á su alrededor, descubrieron sus cabelleras y prorrumpieron en grandes exclamaciones. A los cantos del deseo respondieron con la estrofa del dolor: «¡Persefona—decían—; tú has muerto arrebatada por Aedon! ¡Tú has descendido en el reino de la muerte! Pero nosotras, que lloramos al bien amado, somos muertos vivientes. ¡Que el día no aparezca; que la tierra que te cubre, oh gran diosa, nos dé el sueño eterno, y que nuestra sombra permanezca abrazada á la sombra querida! ¡Persefona! ¡Persefona! ¡Óyenos, escúchanos!»

Ante esta extraña escena, bajo el delirio contagioso de estos dolores profundos, el discípulo de Delfos se sintió invadido por mil sensaciones antagónicas que le torturaban. Le parecía que no era él mismo; los deseos, los pensamientos, las agonías de todos aquellos séres se habían convertido en sus deseos y sus agonías. Su alma se hacía pedazos para entrar en miles de cuerpos. Una angustia mortal le invadía. No sabía si era un hombre ó una sombra.

Entonces un iniciado de elevada estatura que pasaba por allí se detuvo y dijo: «¡Paz á las desdichadas sombras! ¡Mujeres que sufrís, anhelad la luz de Dionisio! ¡Orfeo os espera!» Todas le rodearon en silencio, deshojando ante él sus coronas de asfodelo, y con su tirso les mostró el sendero. Las mujeres fueron á apagar su sed en una fuente, bebiendo en copas de madera.

Los grupos se reorganizaron, y el cortejo se puso de nuevo en marcha. Las jóvenes habían tomado la delantera. Cantaban una canción lúgubre con este estribillo: «¡Agitad las flores de adormideras! ¡Bebed en la corriente del Leteo! ¡Démosle la flor apetecida, y que florezcan los narcisos para nuestras hermanas! ¡Persefona! ¡Persefona!»

El discípulo caminó largo rato aún con su guía. Atravesaron praderas donde crecía el gamon, marchaban bajo la sombra de los álamos y oía su triste murmullo. Oyó cantos lúgubres que flotaban en el aire y llegaban sin saber de dónde. Vió colgadas en los árboles máscaras horribles y figuritas de cera en forma de niños en pañales. Aquí y allá, las lanchas atravesaban el río con gentes silenciosas como muertos. Por último, el valle se ensancha, el cielo se ilumina y la aurora empieza. A lo lejos se perciben las oscuras gargantas de Ossa (1) surcadas de abismos, donde se amontonaban las rocas desplomadas. Más cerca, *en medio de un círculo de montañas,* en una colina cubierta de árboles, brillaba el templo de Dionisio.

El sol doraba ya las altas cimas. A medida que se aproximaban al templo, vieron llegar de todas partes cortejos de devotos, grupos de mujeres y de iniciados. Esta multitud tranquila en apariencia, pero interiormente agitada por una prolongada espera, se encontró al pie de la colina y escaló los peldaños del santuario. Todos se saludaban amigablemente, agitando los ramos y los tirsos. El guía había desaparecido, y el discípulo de Delfos se encontró, sin saber como, entre un grupo de iniciados de brillantes cabellos, adornados con cintas de diversos colores. Jamás los había visto y sin embargo creía conocerlos por un recuerdo lleno de felicidad. También ellos parecían esperarle, pues lo saludaban como á un hermano, y le felicitaban por su feliz llegada. Conducido por su grupo y como llevado en alas, asciende hasta las más altas gradas del templo, cuando un rayo deslumbrante de luz hirió sus ojos. Era el sol naciente que lanzaba su primera flecha en el valle, é inundaba con sus brillantes rayos aquel pueblo de devotos é iniciados, agrupados en la gradería del templo y por toda la colina.

En seguida un coro entonó el *pean.* Las puertas de bronce del templo se abrieron automáticamente, y seguido del Her-

(1) Una montaña de Tracia.

mes (1) y del porta-antorchas, apareció el profeta, el hierofante, Orfeo. El discípulo de Delfos le reconoció estremeciéndose de gozo. Vestido de púrpura, con la lira de marfil y oro en la mano, Orfeo, radiante de eterna juventud, dijo: «¡Paz á todos los que habéis venido para renacer después de los sufrimientos de la tierra, y que renaceréis en este momento! Venid á ver la luz del templo, vosotros que salís de la noche, devotos, mujeres é iniciados; venid y regocijáos, vosotros que habéis sufrido; venid á descansar, vosotros que habéis luchado. El sol que evoco sobre vuestras cabezas y que va á brillar en vuestras almas no es él sol de los mortales, es la pura luz de Dionisio, el gran sol de los iniciados. Por vuestros sufrimientos pasados, por los esfuerzos que habéis realizado, venceréis, y si creéis en las palabras divinas, ya habéis vencido. Después del largo circuito de las existencias tenebrosas, saldréis por último del círculo de los sufrimientos, y os reconoceréis como un solo cuerpo, como una sola alma en la luz de Dionisio!

«¡La chispa divina que nos guía en la tierra está en nosotros; se convierte en llama en el templo y es estrella en el cielo. De este modo aumenta la luz de la Verdad! ¡Escuchad las vibraciones de la Lira de siete cuerdas, la Lira de Dios..... ¡Ella mueve los mundos; escuchad bien; que el sonido os compenetre..... y se abrirán las profundidades de los cielos!»

«¡Auxilio á los débiles, consuelo á los afligidos, esperanza á todos! ¡Pero desdichados de los malos, de los profanos! Serán confundidos. Pues en el éxtasis de los Misterios cada uno ve hasta el fondo del alma de los demás. Los malos se aterrorizan, los profanadores son aniquilados.»

«Y ahora que Dionisio ha brillado en vosotros, invoco al celestial y poderoso Eros (2). Que él inspire vuestros amores, vuestros goces y vuestros sufrimientos. Amad, pues todo ama, los

(1) El nombre griego de Mercurio al cual se representaba como dios de la elocuencia bajo la figura de un hombre de cuya boca salían unas pequeñas cadenas que iban á parar á las orejas de las otras figuras humanas para designar á los oyentes, á quienes encadenaba con el poder de su discurso. N. del T.

(2) En la mitología griega, Eros fué considerado como el dios del amor puro y espiritual, y Cupido como el dios del amor sensual ó del deseo. Los dos polos de un mismo poder. Más tarde, en la decadencia de aquella civilización, se prostituyó la pureza de los símbolos, mantenida por la sabiduría de los Hierofantes, y Eros perdió su divino significado representando el más bajo sensualismo. N. del T.

demonios del abismo y los Dioses del Eter. Amad, pues todo ama. Pero amad la luz y no las tinieblas. No olvidéis vuestro objeto durante el viaje. Cuando las almas vuelven á la luz, llevan manchas repugnantes en el cuerpo sideral, son las faltas que cometieron en vida..... y para borrarlas es preciso que sean expiadas en la tierra..... Pero los puros, los fuertes marchan hacia el sol de Dionisio.»

«¡Y ahora entonad el Evohé!»

«¡Evohé!» cantaron los heraldos desde los cuatro ángulos del templo.

«¡Evohé!» resonaron los címbalos. «¡Evohé!» respondió la entusiasta multitud reunida en las gradas del santuario. Y la palabra de Dionisio, el llamamiento sagrado al renacimiento, á la vida, retumbó en los valles repetido por mil pechos y vuelto á repetir por los ecos de las montañas. Y los pastores de las salvajes gargantas de Ossa, que estaban con sus rebaños en las altas selvas cerca de las nubes, respondieron: «¡Evohé!» (1)

SCHURÉ

(Traducido por C. L. A.)

---

(1) La voz ¡Evohé!, que se pronuncia en realidad *He*, *Vo*, *He*, era la palabra sagrada de todos los iniciados del Egipto, de la India, de Fenecia, de Asia Menor y de Grecia. Las cuatro letras sagradas pronunciadas como sigue: *Jod-He*, *Vo*, *He*, representaban á Dios en su fusión eterna con la Naturaleza; abarcaban la totalidad del Ser, del Universo viviente. Jod (Osiris) significa la divinidad propiamente dicha, el intelecto creador, el *Eterno Masculino* que está en cada cosa, en todas partes y por encima de todo; *Hé*, *Vo*, *Hé*, representaba también el *Eterno Femenino*. Eva, Isis, la Naturaleza bajo todas las formas visibles é invisibles fecundada por él. La más elevada iniciación de la ciencia teogónica y de las artes teúrgicas correspondía á la letra Jod. Otro significado correspondía también á cada una de las letras de la palabra Evé. Como Moisés, Orfeo reservó las enseñanzas que corresponden, á la letra Jod (Jove, Zeus, Júpiter) y la idea de la unidad de Dios para los iniciados del primer grado, procurando dar esta idea al pueblo por medio de las artes como símbolos vivientes. Por esto la palabra ¡Evohé! era pronunciada en las fiestas de Dionisio, donde eran admitidos además de los iniciados, los simples aspirantes á los misterios.

Los Maestros y sus llamados y escogidos.

DESDE que el hombre apareció sobre la Tierra existe en ella una jerarquía de Séres elevados procedentes de otros mundos, en los cuales evolucionaron del mismo modo que actualmente lo hacemos nosotros aquí. En estos mundos, que ahora ya no existen, ó mejor dicho, que se han resuelto en polvo cósmico, estos elevados Séres animaron formas humanas iguales ó parecidas á las que en este momento animamos nosotros, en tanto que nosotros en aquellos remotos días animábamos quizá formas animales. Ahora estos grandes Séres ya no pueden ser considerados como hombres, puesto que han transcendido tanto á la humanidad como los séres humanos hemos transcendido al reino animal.

La misión de estos elevados Séres al descender en este planeta fué, y continúa siendo, la de servir de Directores á la raza humana, pues ésta no es todavía bastante apta para gobernarse por sí misma, y así, cuando las necesidades de nuestra evolución lo exigen, se hacen visibles entre nosotros, tomando cuerpos que lo mismo pueden tener el origen que tienen los nuestros, como pueden proceder de creaciones que los hombres ordinarios ignoramos, pero que Ellos conocen á la perfección, de suerte, que para mezclarse entre los hombres y enseñarles el camino que Ellos mismos han pisado en remotas edades, no necesitan pasar por los trámites que son indispensables á la formación de un cuerpo humano ordinario.

A los que no hemos transcendido ciertos límites, no nos es posible distinguir entre un cuerpo formado por los medios ordinarios que conocemos, ó, mejor dicho, que casi desconocemos (puesto que únicamente percibimos sus últimos resultados sin comprender ni poder ver las fuerzas que á su formación concurren) y otro cuerpo producido por las creaciones que hemos mencionado. Pero aquellos que á fuerza de trabajos é incesantes estudios han conseguido rebasar los límites á que aludimos, éstos

perciben claramente la diferencia que existe entre dos cuerpos al parecer iguales, pero cuya procedencia y constitución difieren por completo. Los séres humanos debemos forzosamente habitar en cuerpos humanos; pero Aquellos que se han elevado por encima de la humanidad, pueden habitar y habitan en cuerpos angélicos ó cuerpos de los dioses, esto sin perjuicio de tomar un cuerpo verdaderamente humano cuando así lo reclaman las necesidades de nuestra evolución y progreso, á los cuales Ellos atienden, pues tal es la labor que les está encomendada por la Ley, labor aceptada por Ellos voluntariamente, por cuyo motivo constituye un sacrificio voluntario, el más noble y más grande que la mente humana puede imaginar. Decimos que es el sacrificio más noble y grande que la mente humana puede imaginar, porque Ellos perciben nuestras miserias. Ellos leen en nuestros corazones mejor que en un libro abierto, y ven nuestras malas intenciones, nuestra falta de veracidad, nuestros odios y deseos de venganza, y ven, en fin, todo el cúmulo de pasiones que nos degradan y estorban nuestro progreso; y todo esto que Ellos lo ven y les causa tristeza y profunda melancolía, podían haberlo trocado por los para nosotros inconcebibles goces del Nirvana. Para pasar al Nirvana y dejar tras sí el triste espectáculo que los hombres ofrecemos á sus ojos, hubiera bastado con que lo hubiesen querido. Nada ni nadie podía impedírselo, porque lo conquistaron con sus esfuerzos; y, sin embargo, por amor y caridad hacia nosotros, los pequeñuelos, renunciaron á esta dicha y felicidad inmensas. Este es el gran sacrificio. Es como si un hombre pudiendo vivir en la mayor opulencia y felicidad imaginables se conformase, por amor á sus semejantes, en vejetar en la mayor penuria, estrechez y miseria, pues miseria es para Ellos el estar en contacto con nosotros y tener que soportar nuestras debilidades.

Según nos enseña la Teosofía, estos Maestros y Guías de la humanidad eran conocidos antiguamente de un número mucho mayor de hombres de lo que lo son actualmente. En aquellos tiempos, que no pertenecen á nuestra *diminuta* historia, estos Maestros eran conocidos hasta por una parte del vulgo, quien les guardaba el respeto y consideraciones que les eran debidos. Pero llegó la Edad Negra, la Edad de Hierro, y su deletérea influencia los arrojó lejos de una civilización que se iba corrompiendo gradualmente, hasta que desaparecieron de la memoria

del común de los hombres, y sólo unos pocos elegidos conservaron y transmitieron de generación en generación el recuerdo de Ellos y de que no habían abandonado ni abandonarían jamás á la pobre é ignorante á la par que desagradecida humanidad. No, estos Maestros no nos han abandonado. La raza humana jamás ha carecido de Guías y Directores que realmente SABEN, que comprenden á la perfección las leyes que gobiernan el mundo que actualmente nos sirve de morada, siendo, por tanto, los únicos que tienen el encargo de dirigir y gobernar de acuerdo con el Karma que constantemente elaboramos los hombres con nuestros actos y pensamientos.

A medida que transcurran los siglos y la humanidad se vaya espiritualizando gradualmente, estos Maestros se darán á conocer á un número cada vez mayor de hombres, de suerte que cuando lleguen estos felices tiempos volverán á ser conocidos en mayor escala que lo fueron antes de la Edad Negra. Las leyes de la Naturaleza consisten en una serie de sucesos encaminados al mejoramiento de los séres que son objeto de ellos, los cuales se repiten constantemente en proporciones cada vez más amplias y comprensibles, de manera que un suceso que ayer alcanzó una gradación progresiva de cuatro, pongamos por ejemplo, hoy alcanza una de cinco y mañana alcanzará una de seis, y así sucesivamente hasta que los séres han obtenido toda la suma de conocimientos de que es susceptible el período evolutivo en que se hallan progresando. El que estos Maestros sean conocidos del común de los hombres depende de los esfuerzos que haga la raza para alcanzar un nivel espiritual más elevado que el presente. Ellos no pueden descender hasta nosotros, sino que nosotros debemos elevarnos hasta ser dignos de alternar con Ellos.

Cuando la raza humana haya alcanzado un determinado progreso, entonces surgirán de su seno maestros que serán aptos para dirigirla, en cuyos tiempos, lejanos aún á nuestro modo de ver, nuestros actuales Maestros nos dejarán, porque ya no será indispensable su presencia para dirigir y estimular nuestra evolución. Sólo cuando hayan surgido directores de entre nosotros no tendremos necesidad de tenerlos de otras evoluciones que precedieron á la nuestra.

Ahora bien; nuestros actuales Maestros necesitan de un determinado número de egos humanos que les ayuden y secunden para llevar á cabo la misión que les está encomendada, y estos

egos son los llamados; son los egos que en pasadas encarnaciones trabajaron, con mayor ó menor esfuerzo, para difundir entre sus hermanos las verdades inmutables de la Naturaleza que la Sociedad Teosófica presenta una vez más, pero con mucha mayor extensión y amplitud, á los ojos de los hombres. Entre otros objetos, la Sociedad Teosófica fué fundada para reunir en un apretado haz á los llamados, y á ella han acudido un buen número de los mismos. Sin embargo, es muy probable que no todos los llamados sean escogidos, pues como dice la sentencia, «muchos son los llamados y pocos los escogidos», á pesar de lo cual somos de opinión que en el seno de nuestra Sociedad existen un número nada despreciable de individuos que pertenecen á la categoría de los escogidos. La virtualidad de las enseñanzas teosóficas ha penetrado de una manera tal, y ha hecho tan profunda mella en el espíritu de muchos teosofistas, que ha originado en ellos una revolución y una transformación en su modo de sér y sentir, de suerte que han llegado á comprender por modo vívido y convincente, y se han convertido en verdaderos apóstoles de la Verdad y en verdaderos servidores de la humanidad. Hay cosas en la vida del hombre que aun cuando no podamos comprobarlas con nuestros sentidos físicos, las percibimos de una manera tan real y efectiva con nuestros sentidos internos, que no dejan lugar á la menor duda. En nuestro fuero interno existe una conciencia que analiza y percibe las cosas que pertenecen al orden espiritual ó metafísico, y ella es quien nos da la seguridad de la existencia de estas cosas, con tanta precisión y exactitud como nuestros sentidos físicos nos la dan del plano físico. Pero así como para ver los objetos materiales es necesario tener los ojos abiertos y que la luz material nos circunde, de la propia suerte es necesario para percibir las cosas espirituales que nuestra conciencia interna se haya despertado y que la luz de los planos superiores nos envuelva y compenetre. Así como el ciego corporal no puede ver los objetos materiales, del mismo modo el ciego espiritual no puede percibir las cosas espirituales. La comparación es exactísima.

Durante los treinta y tres años que la Sociedad Teosófica cuenta de existencia, ha conseguido, por medio de la liberalidad, alteza de miras, pureza y grandiosidad de sus doctrinas, atraer á un gran número de hombres y mujeres que vegetaban dentro del más desconsolador escepticismo, y á otros que, procedentes de

diversos campos religiosos, han comprendido que la Teosofía abarcaba no sólo lo bueno que encontraban en sus respectivos credos, sino muchísimo más. Todas estas personas (salvo raras excepciones) tenían abierta, en mayor ó menor grado, la conciencia interna que da acceso á los planos metafísicos y permite el análisis y comprensión de las cosas espirituales, y al ingresar en la Sociedad Teosófica han dado otro paso progresivo que les ha permitido una mayor comprensión del verdadero objetivo de la vida, no de esta raquítica vida física, sino de la vida real que sólo puede vivirse en los planos superiores ó suprafísicos del sér. Hemos hablado de excepciones porque en todos los procesos que constituyen la evolución del sér las ha habido, las hay y las habrá eternamente, y la Sociedad Teosófica no podía escapar á esta ley general. Sin embargo, aun estas mismas excepciones nada habrán perdido al ponerse en contacto con la Sociedad Teosófica, puesto que si hoy la han servido de estorbo y á la vez de acicate, mañana este mismo contacto les será provechoso, porque les ayudará á emplear mejor sus fuerzas en lo sucesivo.

Todos los ingresados en la Sociedad Teosófica hemos sido llamados, pero ¿tenemos la seguridad de que pertenecemos al número de los escogidos? Este es el problema, este es el punto capital; el punto más transcendental y que más debe interesarnos, porque en él está cimentada nuestra futura felicidad, la cual se halla tanto más cerca de nosotros cuanto menor es la distancia que nos separa de los Maestros. De entre los escogidos se reclutan los chêlas aceptados, de modo que dichos chêlas son los escogidos de los escogidos. Así, pues, lo primero que debemos hacer, si realmente queremos vivir la verdadera vida, es trabajar para que nos sea dable podernos contar entre el número de los escogidos, y una vez llegados á este punto, podemos aspirar á presentarnos como candidatos á chêlas aceptados, que es la mayor felicidad á la cual por ahora nos es posible aspirar. Sér chêla aceptado es recibir instrucciones directas de los Maestros, no precisamente de los Maestros que nos son conocidos como los fundadores de la Sociedad Teosófica, sino de cualquiera otro Maestro que sea digno de este nombre. Aquellos á quienes damos el nombre de Maestros constituyen una numerosa jerarquía cuyos poderes y sabiduría se extienden desde lo supra-humano hasta lo supra-angélico ó dévico. Para la mayoría de nosotros, pobres séres humanos que aún nos agitamos entre el tumulto

de los apetitos y pasiones mundanales, el poder recibir instrucciones directas, aun cuando sólo sea de uno de los menos elevados de estos Séres, constituye una felicidad que no puede ser comparada con nada de cuanto sobre la tierra excita el deseo y la ambición de los hombres, aunque esta ambición y deseo se dirijan hacia la consecución de aquella legítima gloria que el hombre puede alcanzar sobresaliendo en las artes, en las ciencias, en la política ó en cualquier otro aspecto de la actividad humana. Aquí bajo todo es efímero y transitorio. La gloria y los honores mundanos, alcanzados con grandísimo esfuerzo, y á veces hasta con detrimento de nuestra salud física y moral, se desvanecen como columna de humo que el viento esparce por doquier, al paso que el afortunado mortal que consigue ponerse en contacto directo con los Maestros recibe un conocimiento que le permite remontarse á los mundos de las causas en vez de hallarse limitado, como le sucede al hombre ordinario, al mundo de los efectos; y entonces principia á vivir una vida mucho más amplia que le hace apto para distinguir entre lo que es real y lo que es ilusorio, entre aquello que no puede perderse y lo que debemos perder sin remedio.

Hablamos de contacto directo y de instrucciones directas recibidas de los Maestros, y con ello queremos dar á entender que la persona que se halla en este caso es un chêla aceptado, el cual es muy distinto del chêla laico. Este último puede recibir instrucciones de los Maestros, pero ellas no rebasarán ciertos límites; no harán más que rozar la superficie de la verdad sin velo reservada al primero, quien recibe aquellas instrucciones que nunca han sido escritas y que siempre han sido transmitidas verbalmente. Con esto se podrá apreciar la gran importancia que para el sér humano tiene el llegar á ser un chêla aceptado y las virtudes que debe atesorar para conseguirlo. Se trata de confiarle secretos que pertenecen al mundo de las causas, secretos que lo mismo pueden matarle que darle la vida; y esto no puede hacerse sin tener una absoluta confianza en la moralidad, prudencia y capacidad del candidato.

El Maestro toma al chêla bajo su amparo y protección con el objeto de hacerle igual á sí mismo, y le enseña á andar por el sendero que Él ha pisado ya; y en esta nobilísima labor, ambos ascienden en la infinita escala del progreso: el primero, remontándose hacia alturas inaccesibles al pensamiento humano,

y el segundo, marchando en demanda del lugar que ocupa su Maestro. No hay para qué decir que esta tarea es la obra más colosal, difícil y beneficiosa que el hombre puede emprender, y que para realizarla se necesitan decenas ó quizá centenares de encarnaciones consagradas al mismo objetivo. Sin embargo, creemos que el número de encarnaciones dirigidas á este fin puede ser reducido á una porción relativamente corta. Todo depende del entusiasmo, energía y sinceridad de que nos hallemos animados al emprender tan gloriosa como difícil empresa. El número de encarnaciones que para ello necesitamos no debe amilanarnos. El tiempo no es más que una ilusión. Si otros han conseguido escalar estas alturas (y de esto no debe cabernos la menor duda), nosotros, que poseemos las mismas fuerzas y los mismos elementos que ellos, podemos, si tal es nuestra firme voluntad, escalarlas también.

Toda empresa requiere un principio y una base. El principio debe tener su origen en nuestro QUERER, y la base consiste en hacer cuantos esfuerzos nos sean posibles para obrar siempre de acuerdo con las leyes de la Naturaleza. Hemos de principiar por *querer ser de verdad* del número de los escogidos, y para ello es indispensable que analicemos nuestros pensamientos y acciones imparcialmente, y aquí se presenta la primera dificultad. Si el hombre consiguiese ser imparcial en el verdadero y recto sentido que esta palabra encierra, con ello establecería la base que paulatinamente le colocaría entre las filas de los escogidos; pero esto, que á primera vista parece tan sencillo, es una cosa bastante difícil en nuestro actual estado de desarrollo. Todo el mundo repite hasta la saciedad: «Yo soy imparcial, yo obro siempre con entera independencia é imparcialidad.» ¡Ah, si esto fuera verdad, de cuántas miserias y sufrimientos nos libraríamos los hombres! Desgraciadamente no es así en la mayor parte de los casos, y de ahí que continuemos sufriendo los sinsabores y amarguras que de nuestras transgresiones se derivan.

Sea como fuere, la imparcialidad, la alteza de miras y la veracidad, son condiciones indispensables para aquellos que pretenden penetrar dentro del círculo de los escogidos. Por este motivo dice Krishna á su discípulo Arjuna: «Procura estar exento de duplicidad» (Baghavad Gîta), y en la *Voz del Silencio* dice el Maestro: «Pero, oh Lanú, sé limpio de corazón antes de em-

prender la jornada.» Con lo cual se da á entender por modo claro y esplícito que si se carece de las condiciones antedichas es de todo punto inútil alimentar tales pretensiones. Más aún; puede suceder que uno haya conseguido penetrar dentro del recinto do moran los escogidos y que, por haber violado tales condiciones, merezca ser arrojado de entre sus filas. Esta desgracia constituye una pérdida mucho mayor que la experimentada por el hombre que, ocupando una brillante posición social, se ve de pronto sumido en la pobreza y miseria, aun cuando pueda suceder que el desgraciado que en tal caso se halla, no se dé cuenta de ello. Las desgracias morales no las percibímos de momento como las materiales, aun cuando las primeras son sin comparación mucho más de lamentar que las segundas. Por supuesto, aquí sólo nos dirigimos á los teosofistas y á los que tienen aspiraciones espirituales, no á los escépticos é incrédulos, á quienes las precedentes palabras les harían probablemente sonreir. Aquellos que comprenden, saben que una desgracia moral afecta á nuestro verdadero «yo», al paso que la pérdida de una fortuna constituye un dolor pasajero á la par que el pago de una deuda pasada.

Analicemos escrupulosa y detenidamente nuestros pensamientos, actos y palabras, y veamos si se hallan saturados de esta imparcialidad, alteza de miras y veracidad que son necesarias para tener una sólida base en donde nos sea dable asentar nuestras pretensiones, y si después de un severo examen vemos que en nuestro corazón se anida todavía algo que sea opuesto á estas virtudes, apresurémonos á arrojarlo lejos de nosotros, no sea que, si hemos conseguido ser aceptados en el número de los escogidos, merezcamos ser lanzados de entre ellos, desgracia que para un teosofista equivale á lo peor que le puede suceder, si es que realmente ha comprendido en qué consisten sus verdaderos intereses. No olvidemos que los Maestros pueden leer y leen en nuestros corazones, que á Ellos no podemos engañarles con respecto á nuestras verdaderas intenciones, pues saben mejor que nosotros mismos lo que somos y lo que pretendemos; pero aun cuando fuese posible que los Maestros se engañaran con respecto á nuestros propósitos, no se engañaría la Ley, la cual jamás se ha engañado ni se engañará. El engaño y la equivocación caben en todos los séres, por elevados que sean; pero en la Ley no puede caber ni cabe equivocación alguna. El en-

gaño y la equivocación caben en todos los séres porque, por elevados que sean, siempre y eternamente les quedará algo por aprender, y cuando tratan de comprender ese algo que les queda por aprender, que dicho sea de paso es lo INFINITO, pueden equivocarse y sin duda se equivocan. Sin embargo, los Maestros no se equivocan con respecto á nuestras intenciones, porque poseen un conocimiento que les permite ver con entera claridad en lo más recóndito de nuestro sér, y dominan esta materia á la perfección.

Resumiendo: si queremos contarnos entre el número de los escogidos, nuestro primordial interés debe consistir en presentarnos tales como somos, sin pretender ocultar nuestras imperfecciones y debilidades, porque, en primer lugar, para corregirnos deben estas imperfecciones y debilidades presentarse á nuestros ojos en toda su fealdad y tales como son, y mal podremos librarnos de ellas si procuramos ocultarlas á nuestro imparcial examen, cubriéndolas con el manto de una mal entendida benevolencia personal; y en segundo término, porque aquel que se esfuerza en ocultarse á sí mismo sus debilidades, falta á la verdad y se engaña conscientemente á sí mismo, y el faltar á la verdad, sea en el terreno que fuere, es una de las causas que excluyen al hombre de entre la categoría de los escogidos. Pobre de espíritu y necio es aquel que se esfuerza en presentarse ante su propia conciencia por lo que ella misma le dice que no es. De espíritu recto y avisado es aquel que sabe ser justo y aun severo para consigo mismo y que no tiene contemplaciones para con sus imperfecciones, á las cuales considera como á sus únicos y mortales enemigos que procura combatir á sangre y fuego y con toda la energía y perseverancia que le permite su voluntad, la cual es la fuerza motriz que empuja la rueda de su progreso. Esforcémonos, pues, en dirigir nuestra voluntad hacia la adquisición de todo lo que nuestra imparcial conciencia nos diga ser bueno y beneficioso al progreso y bienestar de todos los séres sin excepción; no faltemos nunca á la verdad, lo mismo cuando debamos confesarnos esta verdad á nosotros mismos, como si se trata de exponerla clara y abiertamente ante los ojos del mundo entero, y así podremos alimentar la esperanza de que hemos sido admitidos siquiera sólo sea en la última fila de los escogidos.

JOSÉ GRANÉS

LA EXPLORACIÓN DEL TIBET

Un amigo, que como muchas personas vulgares, creía que los teosofistas somos buddhistas por fuerza, ó confucianos, ó shintoistas, que era hasta hace poco un hombre mal informado sobre la Teosofía, me decía con cierta malicia, que naturalmente era muy ridícula, según reconoció él mismo después: «Ya han entrado en el Lhasa. ¡Ha sido profanada la ciudad Santa de ustedes!...»

El hombre se refería al viaje del explorador sueco Sven Hedin; pero no estando bien informado del viaje, y habiendo leído yo el relato del mismo, le hice el siguiente extracto que ahora reproduzco, obedeciendo á sus deseos, pues como me indicaba después de oirme: «Convendría que se dijese eso, porque hay muchas personas que lo ignoran.»

Sven Hedin, el explorador famoso que durante tres años recorrió toda el Asia Central, publica ahora en dos gruesos volúmenes titulados *Central Asia and Thibet* una relación de sus viajes que demuestra que, además de un explorador atrevido, es un escritor de buena cepa.

La obra no puede ser de actualidad mayor, ahora que una columa inglesa penetra en una de las comarcas de ese país desconocido, anticipándose á una probable invasión rusa.

La travesía de todo el Turkestán chino, de Oriente á Occidente, hasta el extremo límite de la meseta del Tibet, «el techo del mundo», la cuna de todas las razas y pueblos que invadieron Europa; la navegación que duró meses y meses á lo largo del gran río Tarim, á bordo de una vieja chalupa de vapor, hasta que el invierno heló las aguas é impidió el paso; la exploración de inmensos lagos desconocidos, verdaderos mares interiores, en cuyas orillas palúdicas pululan miriadas de aves silvestres; la lucha cotidiana por la existencia en desiertos sin agua, donde hasta los más remotos horizontes, las olas muertas de arena evocan el terror de un océano petrificado; las escaramuzas con los fanáticos servidores del Dalai Lama, bajo las murallas de la impenetrable Lasha, la «ciudad de las almas», la bajada á la India por los más difíciles pasos del Himalaya, he ahí las líneas generales de ese viaje sin par. Las aventuras y episodios que lo animan son innumerables.

En la primera parte de su relación cuenta Sven Hedin cómo llegó, por el ferrocarril transcaspiano, hasta Osh; cómo atra-

vesó luego los montes de Kashgar, y cómo en Kashgar se embarcó en el río Tarim. La exploración de Sven Hedin empieza en tal punto.

Una pequeña chalupa desmontable era su nave, una tienda de campaña su camarote y ocho indígenas constituían su tripulación. Y así, por semanas y semanas bajó por las corrientes del Tarim, tomando apuntes topográficos de sus orillas, vistas fotográficas del país, mirando cómo se sucedían landas y selvas, sin moverse de su mesa de trabajo. El viaje era muy lento, pero no resultaba monótono para Sven Hedin, que aprovechaba el tiempo.

«Apenas estuve á bordo de mi embarcación—dice el explorador—, me senté delante de mi mesita y allí pasé meses y meses, como clavado en aquel sitio, que era á un tiempo mi puesto de mando y mi observatorio. Delante de mí tenía una gran hoja de papel, la primera zona de mi plano topográfico del Tarim, y tenía al alcance de mi mano compases, un cronómetro, lápices, unos gemelos de campaña, un telescopio, todo cuanto me era preciso.

»Mi escritorio estaba en la proa, á la entrada de la tienda, y de tal manera dispuesto, que no sólo podía mirar hacia adelante, sino á los lados. Me sentía mejor allí que si hubiese estado á bordo de un gran vapor europeo ó americano. Estaba, además, casi solo, y la única persona de la cual debía cuidar era... de mí mismo. Cuando llegaba á cualquier punto que, por una ú otra razón, quería observar con detenimiento, era libre de detenerme hasta que me conviniese.»

A lo largo del Tarim no se oía ningún rumor humano, ninguna voz, ni un ruído. El gran río fluía indolente entre sus orillas y en la extensión inmensa se cernía el solemne silencio asiático, ese silencio que *se oye*.

El alma de Sven Hedin penetrábase de la fascinación de aquella soledad, y en una tarde de otoño, mientras su barca pasaba ante hileras interminables de álamos, que el sol y la estación teñían de púrpura y oro, escribía así:

«Las maravillosas tintas de aquellas hojas, la riqueza de todos aquellos bosques entre los cuales navegábamos lentamente, me dejaban estático. Á veces sentía la fantástica impresión de discurrir por aquel país encantado en un carro triunfal, tirado por cisnes é invisibles gnomos por una vía de cristal y záfiros. Y era soberanamente místico aquel interrumpido silencio que reinaba en ambas orillas y envolvía la selva entera.

»Por temor á romper aquel encanto apenas osaba hablar. Solemnes, en profunda apretada falange, aparecían los álamos, como centinelas seculares, vigilando las orillas, prolongando los reflejos de su vívida coloración otoñal en el agua tranquila, en el agua donde perpetuamente se alimentan las raíces de los bosques, donde los corzos y ciervos corren á abrevarse, únicos

representantes de la vida activa en aquellas soledades. Los grandes árboles, alta muralla impenetrable de verdura, estaban silenciosos, recogidos, como escuchando algún himno milenario que subiese á través de sus troncos y ramas al espacio infinito, himno que pueden oir el viandante y el viajero cuando tienen habituado su oido á la música sin par de la gran Naturaleza. El único objeto de la vida de aquellos árboles parecía ser el rendir homenaje al río admirable, que no sólo les da vida, sino que impide que el Turkestán oriental sea una de las regiones más desoladas del mundo.

»Estaba el aire embalsamado por el perfume de las flores, y un silencio profundo, como el de un templo, reinaba sobre árboles y arbustos, sobre valles y colinas, sobre el río y la estepa, y llenaba la bóveda infinita. Y entre aquel profundo *océanico* silencio, el menor ruido hería de un modo extraño los oídos.

»El batir de alas de un pájaro, el zumbido de un insecto despertaba largos repetidos ecos; y un ánade silvestre que hundiese el largo pico en el agua, un gamo que huyera doblando los juncos, un fruto que cayera de un árbol, parecía que debiesen oirse á millas y millas de distancia.

»Poco á poco las sombras de la noche nos envolvieron por completo, y nosotros, como espectros, como fantasmas llegados de otro mundo, continuábamos adelantando, siempre más allá, siempre internándonos por aquél país de soledad y de misterio.»

Lo segunda parte del viaje consistió en la travesía del desierto de Tahla-Mahán, la tierra del eterno crepúsculo. Es el centro del Turkestán chino, una llanura ilimitada, sin vida, sin agua, sin una mata de hierba; un desolado laberinto de dudas. En un viejo mapa de Rusia se señala un camino á través de aquel desierto; pero toda señal de camino estaba borrada; desde un siglo antes, por lo menos, la arena había borrado el trabajo de los hombres. Sven Hedin tuvo que abrirse un nuevo sendero, vencer mil dificultades, entre las cuales no era la menor el miedo supersticioso de los hombres de su escolta.

En aquellas regiones se dice que, sepultadas en el desierto, hay ciudades enteras; que bajo la arena hay escondidos tesoros inmensos, y los hombres de la caravana temían que Sven Hedin tratase de apoderarse de aquellos tesoros misteriosos, saquear aquellas fantásticas ciudades muertas, guardadas por legiones de espíritus y de espectros.

A los demás obtáculos se añadía el de un frío intenso, insoportable, casi mortal. Durante el día de Navidad se desencadenó una tempestad de nieve que por poco sepulta toda la caravana. En aquellas llanuras inacabables, monótonas, lo único que hirió sus ojos fué una visión macabra. Un día, delante de él, en la llanura helada, advirtió en siete ataúdes abiertos siete cadáveres rígidos, misteriosos, cuyo nombre, origen y vicisitudes

nadie conocerá jamás. Los cadáveres perfectamente conservados, vestían uniforme ruso y parecían estar en tal sitio desde muchos años. ¿Qué tragedia se había desarrollado en aquellas soledades?

Todo el invierno y la siguiente primavera continuó el explorador su viaje; pasó á través de las ruínas de ciudades prehistóricas, se hundió en cañadas misteriosas, vió lagos desconocidos. Así llegó, de obstáculo en obstáculo, hasta el Tibet septentrional, hasta las regiones inexploradas, baluarte gigantesco levantado por la naturaleza para defender un país desconocido.

«Era la tierra de nadie; los ríos, los lagos, las montañas no tenían nombre; sus orillas, sus declives, sus laderas, sus picachos no fueron contemplados por los ojos de ningún viajero. ¡Era mi imperio de un día! Y me parecía grande y hermoso atravesar, como una nave que no deja estela, aquellas vastas ondulaciones de un océano de roca que se suceden sin fin como las olas del mar, como la esperanza de los hombres.»

Sven Hedin llegó á dos jornadas de Lassha la Santa, la ignota, la inaccesible. Pero el Dalai Lama sabía su viaje y envió un destacamento de caballería tibetana para rechazar al extranjero. Fueron inútiles las súplicas, las amenazas formuladas en nombre de Inglaterra. El Dalai Lama se consideraba superior á todos los monarcas, creía que el budhismo tibetano no vería jamás violado su templo...

Y Sven Hedin retrocedió, sin ver el santuario, que en breve profanaría la expedición inglesa.

D.ª Amalia Domingo y Soler.

EL espiritualismo en general, y el espiritismo militante en particular, han experimentado una sensible pérdida con la muerte de D.ª Amalia Domingo y Soler, acaecida en Gracia, Barcelona, el 29 de Abril.

La personalidad de Amalia y su obra en el espiritismo, ha tenido demasiado relieve y es muy conocida para que nos detengamos en exponerla. Sólo señalaremos el notable contraste que ofreció su organismo débil y enfermizo, y su alma firme, tenaz y constante, que le permitió hacer un trabajo tan fecundo como fructuoso durante más de treinta años, dando prueba elocuente de lo que puede hacer una voluntad educada y decidida.

En su larga tarea publicista dominó siempre el sentimiento, al punto de llevar, acaso más que otro alguno, la esperanza y el

consuelo á los séres más desvalidos y necesitados de amor, á los niños, á los viejos, á los enfermos, á los presos, y, en suma, á los atribulados.

Otro de los contrastes en la labor de la infatigable Amalia, nos lo ofrecen los escritos de polémica y de combate que hizo en los primeros años de su conocimiento del espiritismo, superiores en mucho á lo que podría esperarse de su relativa escasa cultura para esta clase de escritos, en los que obtuvo ruidosos y merecidos triunfos; caso poco frecuente, aunque no único, y explicable sólo por el desarrollo de una de las más excelsas modalidades del espíritu, la intuición que está fuera y sobre la intelectualidad.

Recibe y admite, querida Amalia, desde el mundo de Luz en que estás sumergida, el cariñoso saludo que desde lo íntimo del corazón te dirige E. G.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

«Anales Theosophiques» Hemos recibido el número primero del segundo año de tan interesante revista. El primero de los trabajos insertados en éste es *La Philosophie de l'Inde,* por la Srta. M. Schult, doctora en Medicina, y que es una relación de la misión confiada á la autora por el Ministro de Instrucción pública de París. Este notable trabajo resulta una exposición completa, concisa y admirablemente ordenada del lema propuesto, que resulta de gran utilidad para todo teosofista. El otro artículo se debe á la pluma de L. Révé1, conocido teosofista francés, titulado *Les caractères essentiels de la Theosophie,* también de muchísimo interés y enseñanza.

* * *

Por un error se dijo en nuestro número anterior, en la nota necrológica sobre la muerte del Dr. Th. Pascal, que su defunción había ocurrido á mediados de Marzo, siendo así que tan triste acontecimiento tuvo lugar el 18 de Abril, asistiendo á la incineración del cadáver, el 21 del mismo mes, D. José Xifré y D. Manuel Treviño, Presidente y Secretario respectivamente de la Rama de Madrid, en representación de los teosofistas españoles.

* * *

Con objeto de que varios de nuestros queridos amigos y colaboradores no coincidan en la ejecución de un mismo trabajo, publicaremos en esta sección los que tienen emprendidos algu-

nos señores y todas aquellas noticias referentes á este objeto que nos sean comunicadas.

D. J. Garrido (Guipúzcoa) tiene muy adelantada la traducción de la obra de Ed. Schuré titulada *Les Grands Initiés,* y empezadas las de *Preurseurs et revoltés,* del mismo autor, y *Scientific corroborations of Theosophie.* D. Manuel Treviño ha dado principio á la traducción de *The Lost Lemuria.* D. José Xifré está terminando el *Catecismo Buddhista,* del Coronel H. S. Olcott.

«Estudios Orientales», órgano de las S. T. de Chile. Ha llegado á nuestra redacción el primer número de esta revista, que se publica en Valparaíso, Casilla, 1.229, y á la cual deseamos prosperidad, felicitando á sus iniciadores por lo bien que la han presentado y lo interesante del original que insertan. He aquí el sumario de este número: Estudios orientales.—Alocución presidencial á la S. T. y á sus funcionarios y miembros. Ideas generales sobre la reencarnación y Karma.—La cuestión humana estudiada á la luz de la Teosofía.—Solidaridad mental. ¿De cuántos principios es compuesto el hombre?—La Teosofía y sus pruebas.—Sociedad Teosófica.—Virtudes.—Variedades. Cocina vegetariana práctica.—Bibliografía.

Noticia presidencial. Se ha solicitado de mí que especifique qué miembros de la S. T. pueden pertenecer: *a)* á la nueva Quest Society; y *b)* á la International Mystic T. S.

a) Los miembros de la S. T. pueden pertenecer á cualquier Sociedad independiente de la S. T., si así lo desean.

b) La Regla 30 de *Theosophical Society Rules* (aprobada por el Consejo general en 1907) dice que «las Logias y miembros »sueltos que residan en el territorio de una Sociedad Nacional »(lo que hasta hoy se llamaba una Sección de la S. T.) deben »pertenecer á esa Sociedad Nacional, ó de lo contrario se aten»drán á lo dispuesto en la Regla 31».

La Regla 31 permite que toda Logia ó miembro que «por serias y poderosas razones deseen separarse de la Sociedad Nacional á que pertenecen», abandonan «toda relación con dicha Sociedad Nacional» si el Presidente, después de consultar al Secretario general, «sanciona dicho traslado». Claro está, por consiguiente, que todo miembro debe pertenecer á su organización nacional, á no ser que se le haya permitido separarse por causa conocida, y en este caso ella rompe toda relación con él. Ningún miembro debe, pues, colocarse en el caso de la Regla 31, *á menos que él desee dejar la Sociedad Nacional* establecida en el territorio donde él reside, y entonces pertenecer á la International Mystic T. S., que se ha formado al amparo de lo dispuesto en la Regla 31.

ANNIE BESANT
P. S. T.

Suscripción abierta en SOPHIA
para socorrer á los supervivientes de la catástrofe en el Sur de Italia y Sicilia.

	PESETAS
SUMA ANTERIOR	78,85
D. Manuel Peña Herreros, Ponce (Puerto Rico)	2,60
TOTAL	81,45

(Comprende hasta el 10 de Abril.)

No habiéndose recibido más donativos damos por terminada la suscripción.

La suma recaudada hasta esta fecha, y que asciende á 81,45 pesetas, la hemos girado por mediación del Crédit Lyonnais, de Madrid, en 19 de Mayo, dando al cambio de 111,55, más gastos de giro, 72 liras 10 céntimos.

La letra fué á la orden del Profesor O. Penzig, y á cargo de la Banca Commerciale Italiana, en Génova.

RESUMEN:

	PESETAS
Recaudado hasta 31 Enero	726,50
» » 10 Abril	81,45
TOTAL RECAUDADO	807,95

	PESETAS		LIRAS
Remitido en 1.° Febrero	726,50	=	652,45
» » 19 Mayo	81,45	=	72,10
SUMAS	807,95	=	724,55

Manuel Treviño y Villa.

Madrid 20 Mayo 1909.

Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.

RAMAS DE LA S. T. DONDE SE HABLA ESPAÑOL

Continuación.

SECCIÓN CUBANA

Lugar donde está establecida la Rama.	NOMBRE DE LA RAMA	Fecha de fundación.	PRESIDENTE	SECRETARIO	DIRECCIÓN DEL SECRETARIO
S. José (Costa Rica). A. C.	Virya..........	1904	D. Tomás Povedano......	D. José Monturiol........	Apartado 220, San José (Costa Rica) A. C.
S. Luis (Oriente; Cuba)	Luz de la Verdad.	1907	» Esteban Rojas Gómez..	» Manuel Barban.......	Gral. García, 1, San Luis (Oriente, Cuba.
Santiago de Cuba.....	Kriya..........	1905	» Arturo Villalón.......	» Manuel E. Rivera.....	San Basilio Alta, 74; Santiago de Cuba.
» » »	H. P. Blavatsky..	1905	D.ª Feliciana Sánchez....	» Modesto Ferrera......	San Tadeo, 44; ídem.
» » »	Luz de Maceo....	1905	» Amalia Núñez........	» Nestor Jiménez Pilot..	Santo Tomás Alta, 45; ídem.
» » »	Loto Blanco.....	1905	Mr. Frank W. Arrowsmith	» Sixto del Río Duf four.	Pico Baja, 1; ídem.
» » »	Estrella de Luz..	1906	D.ª M.ª Avila de Martínez	D.ª Isabel Martínez Avila.	Calvario Baja, 20; ídem.
Ti-Arriba (Or.; Cuba).	Luz de Oriente...	1907	D. Luis García Reus.....	» *Digna García Modey*..	Ti-Arriba (Oriente; Cuba).
Gómez Palacios (Durango; México).....	Ramacharaka....	1908	» Anacleto González.....	D. Germán Froto........	Gómez Palacios (*Durango*, México).
México (Ciudad).......	Aura...........	1906	» Juan N. Arriaga......	» Víctor J. Moreda......	Apartado 102 bis; México (D. F.)
Monterrey (Nuev. León; Méx.)	Loto...........	1906	» Silvestre Garza.......	» Cecilio Rodríguez.....	Zaragoza, 210; Monterrey (Nuevo León, México).
» » » »	Yoga..........	1907	» Manuel M. López.....	» Francisco Martínez....	Diego Montemayor, 192 ½, Monterrey (ídem).
» » » »	Aryavarta.......	1907	» Cecilio Villarreal.....	» Félix Pérez..........	Benito Juárez, 65, Monterrey (ídem).
Saltillo (Coahuila; México).	Jheoshua........	1907	» Pablo Maldonado......	» Cesáreo Herndz. Perea.	Admón. Principal de Timbre, Saltillo (Coahuila, México).
S. Pedro (Coahuila; Méx.).	Himâvât........	1906	» Sabino A. Floves......	» Julián Molina.........	Zaragoza, 25, San Pedro (ídem).

Concluirá.